

con tal de que todo el público en general –y no únicamente el interesado por las letras– pueda acceder a la obra.

Y siguiendo con el empeño de desvanecer cualquier obstáculo posible, Albertini nos orienta también sobre las ediciones publicadas acerca de la obra de Louis Aragon. Su bibliografía abarca desde los clásicos hasta libros de reciente aparición a raíz del centenario en 1997, mencionando otros documentos sonoros o incluso proporcionando direcciones útiles como la de la Fundación Elsa Triolet-Aragon,...

En definitiva, *Non, Aragon n'est pas un écrivain engagé!* presenta la virtud de introducirnos de forma clara y sucinta en el complejo y rico universo de un escritor como Louis Aragon, por lo cual no dejamos de recomendar muy encarecidamente su lectura a todos los públicos.

M<sup>a</sup> Carme Figuerola

### **Émile Zola, *El naturalismo*. Edición de Laureano Bonet, Barcelona, Península, 1998**

Con la reedición de esta obra Península invita a los lectores a rememorar la trascendencia de Emile Zola en el mundo de las letras. Su propósito de autorizar el proceso literario mediante leyes científicas sorprendió ya en su día y no deja de ser todavía hoy una tentativa ambiciosa a la par que original.

En este volumen el editor, Laureano Bonet, nos propone una introducción en 21 páginas donde analiza con una gran capacidad didáctica cuestiones controvertidas en relación con el naturalismo. Así pues, pone de relieve la dificultad del mismo Zola por conciliar sus razonamientos teóricos y su obra práctica. Esa primera constatación le permite ahondar en el contenido de la doctrina naturalista, en la cual observa dos tendencias: la más dogmática representada por Emile Zola y la menos purista, menos inflexible, de la cual las letras españolas cuentan con exponentes como Oller, Galdós o Pardo Bazán y que termina, a veces, por confundirse con el realismo clásico. Debido a lo escurridizo de esa frontera que separa a ambos movimientos, Bonet insiste en realzar los criterios que los distinguen. Destaca así, la intervención de sentimientos o creencias del autor realista en ese retrato de la realidad, aparentemente objetivo, frente al retraimiento del naturalista quien, por el contrario, pretende descubrir leyes de orden económico, fisiológico, político y económico a través de la actitud de los personajes. Queda atrás el concepto de novela como medio de diversión y se instituye como proceso de investigación, lo cual permite adivinar el papel preponderante ejercido por este género sobre los demás.

Tras la ilustradora exposición de los presupuestos naturalistas, Bonet denuncia la rigidez de tales argumentos que ni el propio Zola fue capaz de llegar a cumplir. Además, induce al lector a abandonar sus reticencias hacia la novela realista e incide en el descubrimiento de la “otra cara” más romántica de esa opción estética, cuyo interés no es menor.

Debemos también al editor una interesante bibliografía a propósito del escritor francés y asimismo, sobre la repercusión de su obra en las letras hispánicas que puede ser de utilidad para quien se interese por el tema.

En cuanto al resto del volumen se trata de una antología de ensayos teóricos que Zola escribiera para *El mensajero de Europa*, una revista rusa y para otras publicaciones periódicas francesas.

Su contenido se distribuye en cinco capítulos: *La novela experimental*, *Carta a la juventud*, *El naturalismo en el teatro*, *El dinero en la literatura*, *Sobre la novela*. Zola aborda en ellos temas que causaron controversias entre sus contemporáneos. Se esfuerza, por ejemplo, en definir el papel del novelista en tanto que observador y experimentador cuya misión consiste en investigar la naturaleza y el hombre de forma científica. Admite que su método no nace de la nada y se proclama descendiente de Stendhal o Balzac, dos escritores cuya referencia aparece de forma constante en los presentes artículos. Con la autoridad que esos antepasados literarios le conceden, se dirige a la juventud para convencerla de que conviene afiliarse al naturalismo y evitar las prácticas idealistas, repletas de fórmulas vacías. Proselitismo que parece alcanzar la cima cuando el autor afirma que sólo “aplicando la fórmula científica podrá tomar de nuevo algún día la Alsacia y Lorena”.

En cuanto al teatro, constata una separación rotunda entre este género y el novelístico, mucho más perfeccionado e imbricado en la práctica naturalista. Sin embargo, lejos de desfallecer, augura al universo de la farándula un futuro próspero en el caso, eso sí, de que sigan los pasos del método científico.

Otro estudio interesante lo constituye el análisis que Zola efectúa sobre la situación material de los escritores durante los últimos siglos y particularmente, en sus días. El autor aprecia grandes posibilidades en el periodismo, sobre todo como medio de difusión para los escritores más jóvenes. Pero tal vez su aspecto más innovador reside en la dignificación que concede al dinero en relación con la literatura. Dignificación que explica en virtud de las transformaciones sufridas por el medio literario a raíz de la implantación del método científico.

Por último el volumen se cierra con un examen de cuestiones relacionadas con la novela. Zola niega que la imaginación sea el mayor mérito de un escritor y en su lugar, propugna la excelencia del “sentido de lo real” que ha de determinar tanto el contenido como la forma de una obra.

En definitiva, quienes se interesen por Zola encontrarán en este libro una aproximación importante a su pensamiento teórico que les permitirá reflexionar sobre las aportaciones del mencionado escritor al mundo de la literatura.

M<sup>a</sup> Carme Figuerola

**Encarnación MEDINA ARJONA (ed.), *Zola y el caso Dreyfus*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999**

El caso Dreyfus ha pasado a la historia más como un atentado contra la libertad y la justicia que como lo que fuera en un principio: un conflicto de espionaje entre Francia y Alemania. Esa magnificación del suceso se debe en gran parte debido a las intervenciones de personajes públicos como el senador Scheurer-Kestner, Jean Jaurès, Bernard Lazare o el mismo Émile Zola. Tanto fue el empeño que este último puso en defender al maltrecho capitán Dreyfus que durante mucho tiempo referirse al asunto Dreyfus ha implicado aludir al caso Zola.

El volumen *Zola y el caso Dreyfus* presentado por Encarnación Medina Arjona ilustra la conexión entre ambos. La editora ofrece las cartas que desde España fueron escritas a Emile Zola entre 1898 y 1899.

Al buen conocedor de la trayectoria zoliana le resultará fácil reconocer en esas fechas el período en el que la intervención del escritor constituyó un impulso decisivo para la reapertura del expediente de Dreyfus. La correspondencia transcrita en este libro tiene, pues, como eje central los comentarios en torno a la actuación de Zola. Unos en francés, otros en castellano, españoles de distinta procedencia geográfica opinan sobre lo sucedido en tierras vecinas. Por lo general se muestran sorprendidos de que el asunto haya podido surgir en Francia, lo cual confirma el referente cultural encarnado por esa nación. Tanto quienes la conocen de cerca por haber vivido allí, como el resto expresan verdadero apego por los confines galos. Quien suscribe la carta n<sup>o</sup> 67 proclama: “tout homme qui pense a deux patries, la sienne et la France de 1789”. De hecho, el halo revolucionario se reitera con frecuencia y presenta un país que ha logrado alcanzar las virtudes democráticas, puestas ahora en entredicho precisamente por el asunto Dreyfus. También se advierte en Francia una nación ilustrada a la que los latinos se esfuerzan en imitar (carta n<sup>o</sup>3). Por ello se clama justicia para Dreyfus y, en particular, para uno de sus máximos defensores: el mismo Zola.

Los firmantes de las cartas suelen manifestar a Emile Zola su respeto y afecto no sólo por su actitud ante el acontecimiento en cuestión. Aprovechan también para dejar constancia de su simpatía por el autor de una